

Edmonton, 26 julio 1963

Jaime, no pensaba contestar a tu última carta del 8 de julio (enviada, con tu cachacita habitual, el 19 de julio), porque no creó que ya nada que yo pudiera decirte tenga que llevarnos a ninguna parte. Ya antes de recibirla había decidido dar por terminado todo el proceso, echar de encima de mí el agobio de encontrarle todavía explicaciones a tu turbia conducta, y ocuparme con el ánimo ligero de asuntos menos deprimentes. Caí, de todos modos, en la trampa de leer tu carta, y no me queda ahora otro remedio que contestarla para puntualizar por última vez algunos extremos importantes y privarte así de la oportunidad de haber dicho la última palabra.

Ante todo, voy a decirte lo que me parece mal en tu carta. Me parece muy mezquino que me reproches no haber tomado en consideración las "preocupaciones personales y profesionales", los "proyectos y esperanzas" de que dices haberme hablado en "más de una" de tus cartas. Me parece mezquino el reproche en las circunstancias en que me lo haces, como si pretendieras compensar con él los reproches que yo apenas te he hecho. Pero, además, el reproche no tiene base y lo que me dices haberme dicho no es verdad. Entre el 26 de agosto de 1962 y el 16 de junio de 1963 me escribiste sólo dos cartas, una el 4 de enero de este año, y otra el 26 de enero. En la primera me decías, después de referirme el asunto Einaudi y echarle un poco a Carlos: "Yo estoy cansado, asqueado de toda esa comedia. Estos días de insomnio he pensado mucho sobre mi futuro y he decidido que debo marcharme de esa casa. He formulado unos planes para el futuro, planes que espero llevar a cabo en los próximos tres años, y en los que te he incluido y que en el momento oportuno te comunicaré". Es evidente que lo que me decías no permite ningún comentario. Podía, eso sí, haberte preguntado de qué se trataba. Pero se entiende que si no me lo dices es porque no ha llegado el momento oportuno. Por lo tanto, y por discreción, no te pregunté nada. Pero que lo tuve muy en cuenta y muy presente se demuestra por el hecho de que hace tres días, cuando le añadí una nota a tus líneas del 17 de julio antes de devolvértelas, reproduje el tenor del pasaje sin necesidad de volver a leerlo y sabiendo muy bien dónde estaba. Y fuera de él, no hay en tus dos cartas de enero nada de orden personal.

Me parece muy impertinente que te permitas calificar de "injusta" y "muy poco digna" la carta que le mandé a Carlos para despacharlo sin remedio. No veo qué derechos te atribuyes para que te esté permitido entrometerte en lo que yo le escriba o deje de escribirle a Carlos. Está bien que él te exhiba mis líneas de vejamen, si goza con ello. Y está bien que le des tu opinión sobre ellas, si te las pide. Pero nada te autoriza a venirme a mí con tus torpes juicios. Pero, eso aparte, ¿en qué es injusta o poco digna esa carta? Tengo cartas tuyas en las que te expresas acerca de Carlos con una ^{desden} ~~vitalidad~~ que no le cede en nada a ~~la~~ mía. ¿Serán tus juicios justos sólo por que tú los expresas, o será digno que me los expresas a mí en vez de expresárselos directamente a él, como yo hice? De todos modos, creo que puedo suponer a qué te refieres, cuando te sientes con derecho a decirme que lo que le escribí a Carlos era injusto y muy poco digno, porque es lo único de entre lo que le escribí que seguramente fué capaz de penetrar la tremenda corteza de su insensibilidad moral y herirlo en su vanidad, y es mi referencia de paso al hecho obvio de que su poesía no es mejor que la de una docena y media de jóvenes poetas españoles, ninguno de los cuales es un gran poeta, ni siquiera un poeta que se atraiga al lector. Tal vez pretendas hacerme creer que no es ese un hecho obvio, o tal vez os ha parecido cómodo in-

interpretar mi mención de un hecho tan obvio como si no tuviera otro propósito que el de herir la vanidad de Carlos, por puro espíritu de venganza. Pues, no, señor, la cosa no va. En primer lugar, la poesía de Carlos no es mejor que la de José Hierro, José María Valverde, Lorenzo Gomis, José Agustín Goytisolo, José Luis Cano, Carlos Bousoño, Claudio Rodríguez, José M. Caballero Bonald, José Ángel Valente, Ángela Figueras, Tomás Morales (a ver, ¿cuántos van? Once: recurramos al catálogo de Adonais), Ángel González, María Heneyto, José Antonio Muñoz Rojas, Gabriel Celaya, Ricardo Molina, Ángel Crespo, Manuel Mantero. Bueno, creo que no me he pasado de la raya. En segundo lugar, para que no se interpretara mi reminder de ese hecho tan obvio como debido a los mismos turbios motivos que llevaron a Petit a decirme que mis traducciones de Alcmán y Safo no me autorizaban a hablar de filología y poesía, tuve buen cuidado de añadir inmediatamente que tampoco mi crítica tenía la calidad de la de Croce. Por lo tanto, me puse a mí en el mismo nivel de relativa mediocridad en que él podía sentirse herido si yo lo ponía. Pues mi objeto era el de recordarle que, mucho más importante que toda su estúpida vanidad alimentada por el compadreo que le permite desarrollar la editorial (y no fundada racionalmente en el valor de su poesía), era la solidaridad tácita que existía entre los dos, y entre nosotros dos y por ejemplo Jaime, solidaridad fundada a su vez en nuestra amistad y en la dedicación común a algo que tal vez algún día podía tener algún valor, pero que de momento no pasaba (en su caso como en el mío) de ser una pretensión que no le merecía mucho respeto a nadie más que a nosotros mismos. Por lo menos, yo di prueba de mi respeto por la poesía de Carlos escribiendo sobre ella como nadie va a hacerlo probablemente nunca (y no me refiero a los elogios, que no creo que los haya en mi artículo, sino a la calidad de la atención). Y mi respeto por la poesía de Jaime es lo que me ha llevado a no incluirlo en la lista de medicos que he puesto más arriba, y en la que, para mí, ya está incluido definitivamente Carlos. (Y, por cierto, ¿le dijiste a Petit que la carta que me escribió, y que pasó por tus manos, era "injusta" y "muy poco digna"? Te perdiste una ocasión de acertar en tus impertinencias.)

Me parece muy hipócrita que me vengas baboseando que, de recurrir yo a procedimientos legales, no conseguiría nada, o poco más que gastarme una cantidad considerable de dineros. En enero te escribí que mis amenazas al respecto eran sólo una payasada truculenta destinada a poner en movimiento a Carlos, y no nada que considerara seriamente. ¿Qué te propones ahora haciendo ver que me estás dando sanos consejos? Realmente, tu actitud es tan grotesca que me dejaste estupefacto.

Me parece que alcanza ya proporciones de mala fe canallesca tu insistencia en atribuir a mis salidas de todo los fallos de la editorial en cumplir sus compromisos y obligaciones. En primer lugar, los deberes de la editorial son completamente independientes del tono de las cartas que escriba un servidor. Partir del supuesto contrario, como has venido haciendo, es de una mala fe atroz. En segundo lugar, la editorial no ha hecho nada positivo por propia iniciativa, cualquiera que haya sido el tono de mis cartas, en los nueve meses que ha durado nuestro estúpido tejemaneje. En tercer lugar, lo único positivo que se ha hecho ha sido a remolque de alguna violencia mía. Eso es indiscutible, y que pretendas poner a Carlos en la posición de un santito sometido a mis fierezas es para sublevar a cualquiera que tenga la cabeza y el corazón en su sitio. Me explico de todos modos muy bien vuestra impresión de inocencia, pues la verdad es que no habéis hecho nada. Si no hacer nada es ya de por sí señal de inocencia, no cabe duda que sois inocentes, ¡y tan inocentes! Será por eso que me pones como un mérito el que hubieras levantado, antes de que lle-

regara mi famosa carta a Carlos, mi "dossier" para ponerlo sobre tu mesa. ¿Te costó eso tanto esfuerzo? Vamos, vamos, no seas ridículo. Y que me añadas que "incluso "ya" se lo habías dicho a Carlos y que quedásteis que en cuanto él tuviera un momento os lo repasaríais juntos para ver lo que quedaba por hacer" no me produce ningún thrill de emoción. Por el contrario, ~~XXXXXXXXXXXX~~ sólo veo que esa expresión, "lo que quedaba por hacer", cubre tu renuencia a reconocer que sólo de una cosa había que tratar, del contrato que Carlos no había firmado en cinco meses y que yo había reclamado más de una vez, la última un mes antes de vuestra emocionante cita.

Y por último me parece innoble que acabaras diciéndome: "Estoy viendo que estás al borde de la locura. Te aconsejo que te cuides". Que te dijeras eso a ti mismo ("¡Ese hombre está loco!"), después de leer mis cartas nada halagadoras, para recobrar de un modo mecánico tu equilibrio moral, como un ^{límite} ~~tentempié~~, puede pasar. Pero que me lo transmitas como tu última palabra, siendo así que cualquier exceso de emoción que yo demostrara en mis cartas no tenía otra fuente que otra carta tuya llena de tus estupideces, ellas sí realmente desorbitadas y demenciales, y siendo así que tu deber de amigo en cualquier caso era el de tratar de llevarme a la verdad y la serenidad, de estar yo en el error y en la fiereza, es imperdonable. Pero eres tan tonto que tal, ^{vez} viendo que el mecanismo funcionaba y que el ~~tentempié~~ ^{límite} volvía a estar erecto, pensaste que habías acertado en la solución del caso y que no había más que decir.

Eso es lo que se refiere a tu última carta. No te lamentes de que en lo que acabo de escribirte te he perdido el respeto, pues tú me lo perdiste antes, y me lo estuviste perdiendo todo ese tiempo, con tu conducta conmigo y con tu conducta con respecto a mi asunto con la editorial. Por lo menos no podrás decirme que te ~~me~~ he venido con evasivas e hipocresías. Tú, en cambio, pareces haber decidido, tan pronto se planteó el conflicto con la editorial, que lo mejor que podías hacer era desentenderte de todo aquello y preservar tu integridad a cualquier costa.

¿Será que presentiste que tu responsabilidad en el asunto era demasiado grande y que te exigía una intervención activa que podía llevarte a algún desastre, y preferiste anticiparte a cualquier eventualidad manteniéndote al margen de todo, pasara lo que pasara? Pues tu responsabilidad era realmente grande. Eso no te lo he dicho de ese modo hasta ahora, pero es la verdad. En primer lugar, a ti se debe en gran parte que no se me permitiera corregir las pruebas del libro después que vi la monstruosidad que se estaba preparando, y que no se hiciera caso de mis advertencias, aun ~~me~~ ~~XXXXXX~~ cuando no se me mandaran las pruebas para corregir. Eso lo hubiera hecho cualquier editorial escrupulosa: no la editorial Seix Barral. En segundo lugar, a ti enteramente se debe que no se me enviaran los ejemplares del libro que ~~me~~ me prometiste el 26 de agosto para "antes de mediados de septiembre". En tercer lugar, de ti pudo depender que se detuviera inmediatamente la distribución del libro, tan pronto se advirtieron las faltas. No me imagino que, de tomarte el asunto en serio, no lo hubieras conseguido, por muy grandes que sean "ahora" las diferencias jerárquicas entre el empujado Carlos y el común de los demás miembros de la casa.

A ese propósito, voy a contarte un cuento. Cuando me echaron de la Universidad de Oriente, te dije seguramente que había sido por razones personales y envidias o resentimientos particulares. Eso no es toda la verdad, o la verdad exacta. Lo que ocurrió es lo siguiente. Pocos meses antes del suceso, se me nombró responsable de las publicaciones de la Universidad, en el departamento dirigido por un ex-comunista y entonces figurón católico, Jorge Castellanos. Con Castellanos no establecí nunca amistad íntima: yo lo respetaba y estimaba, y él me estimaba y respetaba hasta donde ~~era~~ capaz de eso un cubano. Mi misión más importante era la de publicar una Revista de la Universidad. Poco tiempo después de mi nombramiento, salió el primer

(Como el estudiante
currió)

número, hecho bajo mi iniciativa principal y la aprobación del director del departamento. Enseguida un periódico local publicó un ataque a la Revista, por su espíritu contrarrevolucionario, atribuido a la tortuosa ~~carreza~~ revolucionaria del director del departamento (y de la Revista). El ataque tenía, evidentemente, origen comunista. ~~Es~~ Los estudiantes de la Universidad se solidarizaron con la nota del periódico. Y el partido católico (en el que, por supuesto, yo no entraba) organizó una reunión en la Universidad para tratar de apoyar a Castellanos. La reunión no llegó a ningún resultado por intervención del Rector, que la cortó el segundo día. Yo intervine el primer día para defender a la Revista, de un modo extenso y ~~extraordinario~~ destacado. Al mismo tiempo, escribí una carta al Consejo Superior de la Universidad haciéndome responsable por el contenido y el plan de la Revista, carta que no llegué a enviar porque Castellanos entretanto dimitió de su cargo en el departamento, pero que circuló entre la gente con ocasión de esa reunión. Sabía muy bien que ^{me} exponía a represalias, primero en cuanto a mi posición en la Universidad, y segundo, eventualmente, a ^{ec} represalias políticas. Sabía, además, que cualquier cosa que hiciera era ^o vano, pues los estudiantes tenían en la Universidad poder absoluto. Sabiendo eso, hice lo que hice a regañadientes, con temor y temblor, y viéndome como un tonto. Pero lo hice porque mis nervios me lo pedían. Por eso mismo no te lo cuento para vanagloriarme de ello, pues no lo considero un mérito, y, de querer vanagloriarme, lo hubiera hecho antes, cuando todavía podía contar con tu simpatía. Te lo cuento porque la pregunta que me he estado haciendo es ésta: ¿será que tus nervios también te pedían hacer algo positivo en mi caso, y para dominarlos tuviste que adoptar esa actitud de completa desatención por el asunto y por mi persona? ¿O será que ~~temi~~ste que yo pudiera pedirte algo positivo, algo que te expusiera a perder el favor de Carlos, y por eso pensaste que era mejor darme tan pocas oportunidades como fuese posible?

¿O será que pensaste que, de resultas de todo el lío, nuestra amistad peligraba, y en vez de hacer como yo, tratar de mantenerla al margen del asunto, ~~creste~~ste que lo mejor era tenerme a mí en cuarentena hasta que todo terminara y como si nada tuviera nada que ver contigo? Te haré observar ahora que, muy al revés de lo que tú piensas (o por lo menos me dices), mi interés por mantenerme en comunicación contigo todo ese tiempo no fue en absoluto para tratar "obsesivamente" del conflicto con la editorial, sino todo lo contrario. La carta que te mandé en noviembre a tu casa (y a la que tú no contestaste) estaba destinada precisamente a eso, y en ella no se menciona para nada la editorial, a no ser que sea para insistir en ese punto. (No puedo recordar, lo siento, todos los detalles de mis cartas.) Y creo que al final de mi carta de enero o de la del 1 de febrero te decía lo mismo, que deseaba reanudar nuestra comunicación amistosa sin mencionar ya más el asunto de la editorial. Fuiste tú (y no te lo reprocho, claro está, sino que te lo recuerdo) quien introdujo en nuestra ~~cor~~respondencia privada el enojoso tema que ahora te place encontrar obsesivo en mí.

Pero seguramente no pensaste nada de nada. Te tomaste las cosas como venían porque ésa es tu naturaleza. No hiciste ningún esfuerzo en ningún sentido porque eso va en contra de tu naturaleza. Cualquier cosa que tuviera que ver conmigo iba adquiriendo cada vez un tinte más desagradable (no por culpa mía, sino por tu propia culpa) y por eso lo fuiste rechazando, aplazando, olvidando. Hasta que tu disgusto contigo mismo cuajó en repulsión y pasaste a los insultos, - contra mí. Eso es todo, y ahí se acabó todo.

Pero vuelve a leer mi carta del 22 de junio. ¿Era tan difícil cumplir con aquello? ¿Te pedí alguna vez nada más? ¿Valía la pena llegar a ese final?

Juan